

Domingo 4: Tres Intentos de Escapar

Preguntas y Respuestas 9-11

Lectura: Eclesiastés 7

Salterios:

Primero: 259:1,5,6

Segundo: 403:1,2

Tercero: 3:1-4

Cuarto: 202:3

Último: 232:2

Querida congregación,

Leímos en Eclesiastés 7:29: *“Mira, solamente he hallado esto: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos se buscaron muchas invenciones.”* Cuando Dios creó a Adán y a Eva, fueron creados a Su propia imagen; es decir, en verdadera justicia, conocimiento y santidad. Pero el hombre se hizo desobediente en el Paraíso. El hombre se arrancó a sí mismo del corazón de Dios. Vimos esto la vez pasada. Desde que el hombre cayó en el profundo abismo del pecado, los resultados han sido terribles. Ya no deseamos lo que Dios desea. Nuestra mente está entenebrecida, nuestra voluntad se ha pervertido y nuestro corazón se ha cerrado por naturaleza.

Congregación, en un sentido, nuestra mente sigue funcionando bien: cuando se trata de encontrar diferentes excusas y maneras de escapar. En este sentido, nuestra mente funciona bien. Entonces el ingenio humano repentinamente se vuelve asombroso. *“Mira, solamente he hallado esto: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos se buscaron muchas invenciones.”*

Vamos a ver esto claramente en lo que está delante de nosotros en el Domingo 4 del Catecismo de Heidelberg en sus tres preguntas. Con la ayuda del Señor, consideraremos lo que leemos en el Domingo 4.

Pregunta 9: ¿No es Dios injusto con el hombre, al pedirle en su Ley que haga lo que no puede cumplir?

Respuesta: No, Dios creó al hombre en condiciones de poderla cumplir; pero el hombre por instigación del diablo y su propia rebeldía, se privó a sí y a toda su descendencia, de estos dones divinos.

Pregunta 10: ¿Dejará Dios sin castigo, tal desobediencia y apostasía?

Respuesta: De ninguna manera; antes su ira se engrandece horribilmente, tanto por el pecado original, como por aquellos que cometemos ahora, y los castigará por su perfecta justicia,

temporal o eternamente. Según ha dicho Él mismo: *Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para hacerlas.*

Pregunta 11: ¿No es Dios también misericordioso?

Respuesta: Dios es misericordioso; pero también es justo. Por tanto, su justicia exige que el pecado que se ha cometido contra su suprema majestad sea también castigado con el mayor castigo, que es pena eterna, así en el cuerpo como en el alma.

Que el Señor nos conceda luz de lo alto y un deseo interno de considerar la enseñanza del Domingo 4. Lo que encontramos aquí son:

Tres Intentos de Escapar

1. ¿Es realmente justo lo que Dios exige de nosotros?
2. ¿No puede Dios pasar por alto nuestra desobediencia?
3. ¿No es Dios también un Dios misericordioso?

Repito: Tres intentos de escapar. Encontramos el primero en la Pregunta 9: “¿No es Dios injusto con el hombre, al pedirle en su Ley que haga lo que no puede cumplir?”. También podríamos decirlo así: “¿Es realmente justo lo que Dios exige de nosotros?” El segundo, en la Pregunta 10: “¿Dejará Dios sin castigo, tal desobediencia y apostasía?” En otras palabras: “¿No puede Dios pasar por alto nuestra desobediencia? ¿No puede Él hacer la vista gorda a nuestro pecado?” Ese es el segundo intento de escapar. Y el tercero, en la Pregunta 11: “¿No es Dios también misericordioso?” Esa es la tercera pregunta: “Aunque Dios es santo, ¿no es misericordioso también?”

Primer pensamiento. ¿Es realmente justo lo que Dios exige de nosotros?

Queridos oyentes, el Domingo 3 ha demostrado dos cosas indudables: en primer lugar, somos totalmente incapaces de hacer algún bien y, en segundo lugar, estamos inclinados a todo mal; por naturaleza, estamos inclinados a aborrecer a Dios y a nuestro prójimo. Eso se ha hecho evidente y claro la última vez. ¿Aún lo recuerdan? Es una verdad innegable. Ya no puede ser contradicha. Uno podría pensar que el hombre ahora admitirá su derrota y se pondrá del lado de Dios con un corazón quebrantado y una confesión recta delante de Él: “Señor, te he entristecido tanto y soy una persona tan miserable. ¡Oh, Dios, sé propicio a mí, pecador!” Sin embargo, el hombre no admite su derrota tan fácilmente. Aún después de la instrucción del Domingo 3, sigue luchando por permanecer inocente. No se rinde tan fácilmente. Puede que se encuentre en apuros, pero primero intentará encontrar una forma de escapar. Hace intento tras intento para justificarse en esta situación desesperada.

En la Pregunta 9 encontramos el primer intento: ¿No es Dios injusto con el hombre, al pedirle en su Ley que haga lo que no puede cumplir? Ese es el primer intento de escapar, congregación. Para ponerlo en otras palabras: “¿Es realmente justo lo que Dios exige de nosotros? Está bien, ya no somos lo que éramos. Como criaturas caídas, somos totalmente depravados; somos incapaces de cumplir lo que Dios nos exige en Su ley. Pero, ¿cómo puede Dios exigir de nosotros lo que ya no somos capaces de hacer? ¿Es eso realmente justo?”

¿Ven, niños y niñas, cuán ingenioso es el hombre para encontrar excusas y salidas? Primero, el hombre intenta echarle la culpa a Dios. En el Domingo 3, planteó la pregunta: “¿Creó, pues, Dios al hombre tan malo y perverso?” Pero esa pregunta ha sido respondida de manera muy satisfactoria. No se puede culpar a Dios por esto. ¿Y qué hace el hombre ahora que su primera excusa fue desmontada? ¿Se rinde? No, no lo hace. Aunque no tuvo éxito en culpar a Dios, ahora intenta decirle a Dios que tampoco debería culpar al hombre. Comienza a discutir con Dios y a cuestionar Su justicia, y le dice: “Si no se puede culpar *a Dios*, que no se culpe *a nadie*.” En breve, el hombre intenta escapar. ¿Lo ven? Lo que realmente dice es esto: “Dado que el hombre ha perdido sus facultades espirituales, ¿qué se puede esperar de él? Si, por ejemplo, alguien pierde sus facultades mentales, no lo culpamos por no poder tener formación académica. Él simplemente no está en condiciones. ¿Sería justo, entonces, exigir del hombre que cumpla lo que ya no puede cumplir? ¿No sería injusto esperar del hombre que cumpla la ley?” “¿No es Dios *injusto* con el hombre?”

Quizá haya personas aquí que digan: “Sí. Esto es precisamente lo que quiero plantear. Dios sabe que no podemos cumplir Sus mandamientos. ¿Por qué, entonces, quiere que lo hagamos? ¿Es eso realmente justo? ¡Si Dios exigiera de nosotros solo que *intentáramos* cumplirlos! Pero, ¿por qué exige de nosotros perfección? ¿Por qué exige una obediencia perfecta de criaturas caídas?”

Esta pregunta es formulada de todas las formas imaginables. Para darles un ejemplo: a menudo escuchamos la pregunta: “¿Cómo puede Dios exigir que nos arrepintamos? No somos capaces de convertirnos a nosotros mismos, ¿verdad? Por supuesto que sé que debo ser convertido. Lo sé sin lugar a dudas. Sin embargo, si la Biblia dice: ‘*Arrepentíos y creed en el evangelio*’, parece que el hombre *puede* hacer esto y que la culpa sería solo mía si pereciera para siempre. ¿Cómo puede Dios exigirme que haga algo que no puedo hacer?”

Escuchen la respuesta del Catecismo. Dios *no* hace injusticia cuando exige del hombre lo que no puede cumplir. ¿Por qué no? Porque “Dios creó al hombre en condiciones de poderla cumplir; pero el hombre por instigación del diablo y su propia rebeldía, se privó a sí y a toda su descendencia, de estos dones divinos.” ¿Lo escuchan? No hay injusticia en Dios, sino en el hombre —en nosotros, en ustedes y en mí.

Había más de cien árboles en el Huerto de Edén, niños. Solo había un árbol del cual Dios había dicho: *“el día que comieres de él, ciertamente morirás”* (Génesis 2:17). ¿Y qué hizo el hombre? Sacó el fruto de ese mismo árbol. ¿Quién es culpable, entonces? ¿Dios o el hombre? Sabemos la respuesta. Fue nuestra propia decisión. Hemos prestado nuestro oído al diablo. Éramos capaces de resistirlo. No debimos sucumbir a su instigación, pero le escuchamos y voluntariamente desobedecimos a Dios, un Dios que nunca nos había hecho mal alguno. Como resultado, el hombre se encuentra ahora espiritualmente desnudo en la tierra, privado de todos los gloriosos dones que el Señor le había concedido. Sin embargo, la culpa es nuestra y no de nuestro Creador.

¿Tiene el Señor derecho a exigir de nosotros ahora lo que antes podíamos hacer? ¡Ciertamente lo tiene! Permítanme darles un ejemplo. Padres, supongan que han talado un gran árbol y le dicen a uno de sus hijos más pequeños que lo levante y lo lleve. ¿No sería eso una locura y una brutalidad? Todos sabemos que un niño pequeño no es capaz de levantar algo tan pesado. Por eso, no podemos exigirle tal cosa. Pero ahora llegamos al punto: ¡este ejemplo no es realmente apropiado! ¡Debemos pensar en un mejor ejemplo! Supongan que han prestado dinero a su vecino y que él accedió a devolverlo en cierto plazo. Sin embargo, ¿qué hace ese vecino? ¡Malgasta todo el dinero! Va a un bar y comienza a beber; él derrocha todo. Cuando finalmente lo llama a su casa y le exige que le devuelva su dinero, él dice: “Ya no tengo su dinero. Lo siento, pero no es justo que usted me lo exija, porque ya no lo tengo”. ¿Está en lo correcto el hombre al decir eso? ¿Puede simplemente encogerse de hombros y marcharse? ¡Por supuesto que no! Es verdad que ya no tiene el dinero, pero eso es su propia culpa. Él ha sido descuidado; él ha derrochado el dinero, así que debe rendir cuentas por ello.

¿Comienzan a ver ya lo que nuestro instructor intenta decir? El Señor no dejará Su ley de lado. “Dios creó al hombre en condiciones de poderla cumplir; pero el hombre por instigación del diablo y su propia rebeldía, se privó a sí y a toda su descendencia, de estos dones divinos.” Dios no hace injusticia cuando exige de nosotros lo que no podemos cumplir. Es cierto que *nosotros* hemos cambiado, pero *Dios* no ha cambiado, y Dios *nunca* cambiará. ¿O les gustaría eso? ¿Quisieran que Dios diga a Sus criaturas: “Bueno, se han convertido en odiadores de Dios y de su prójimo, se han vuelto idólatras y adúlteros, y el pecado está profundamente arraigado en su corazón. Por lo tanto, ¡adelante, maten a su vecino! ¡adelante, cometan adulterio! ¡vivan según su corazón pecaminoso!”? ¿Les gustaría que Dios hablara así? ¿Respetarían a tal Dios? ¿Qué clase de Dios sería ese? Un gobernador terrenal puede intentar complacer a su pueblo y ajustarse a sus gustos, ¡pero nunca esperen esto de Aquel que es el Soberano celestial! Dios dejaría de ser Dios si actuara de esa manera. No puede cambiar Sus leyes; no puede bajar Sus estándares. En Adán, hemos quebrantado el pacto de Dios y nos hemos sumergido en la miseria más profunda. Nos hemos privado de nuestras facultades espirituales, pero la demanda sigue siendo la misma: *“Haz esto y vivirás”* (Lucas 10:28).

Quizá haya alguien que objete: “¿Qué tengo yo que ver con Adán? Yo no he pecado en el Paraíso.” ¿Está seguro de ello? ¿Está muy seguro? Déjenme contarles una historia. Sucedió una vez en una granja que un hombre recibió el trabajo que antes era de otro. Como era un hombre pobre, se sintió muy privilegiado de haber recibido este trabajo. Además, el granjero le hizo una promesa. Le dijo: “Si trabajas duro y fielmente, si traes el fruto de este campo, podrás continuar trabajando en mi granja. No tendrás motivo para temer que yo te despida alguna vez. Podrás quedarte aquí para siempre. Esa será tu recompensa. Además, si eres diligente en tu trabajo, te daré un terreno para ti. Y si mueres, tus hijos podrán heredarlo y vivir allí para siempre”. Pero, ¿qué sucedió? El hombre *no* fue fiel en su trabajo. Incumplió sus promesas. Y al final el granjero tuvo que despedirlo. Él fue despedido, para nunca más regresar. Ahora supongan que, después de algunos años, un hijo de este hombre se acercara al granjero y le dijera: “Quiero ese terreno que pertenecía a mi padre; lo reclamo como mi derecho”. Ustedes imaginarán cuál sería la respuesta de este granjero. Le diría: “Mi querido amigo, no tienes derecho a reclamar este terreno. No me acuses de injusticia. Tu padre fue quien quebrantó el contrato. El terreno no es tuyo; es mío”.

¿Entienden este ejemplo? Dios hizo un pacto con Adán y, en Adán, con nosotros, su posteridad. Así, Adán es la cabeza del pacto. La última vez, escuchamos que Adán es nuestro antepasado, nuestro padre natural. Nuestra relación con él es una relación natural, pero también es una relación de pacto. Cuando Adán aceptó las condiciones del pacto de obras, lo hizo como nuestro representante. Cuando *él* fue infiel, *nosotros* fuimos infieles. Cuando *él* cayó, *nosotros* caímos en él. Perdimos nuestros derechos, congregación.

Imaginen que nacen en una familia pobre. Entonces es probable que usted también sea pobre. Quizá diga: “¿Por qué me sucedió eso a mí? ¡Eso es injusto!” Pero ahora imaginen que nacen en una familia rica. ¿Tendrá las mismas objeciones? ¿Rechazaría la herencia que viene con ello? Nunca trabajó por ella; no la mereció, sin embargo, la acepta. No dice: “Esto es injusto”. En otras palabras, no tiene objeción cuando se trata de recibir una herencia buena, pero sí las tiene cuando se trata de recibir una herencia mala. Esto demuestra quiénes somos. Somos tan irracionales, tan egoístas. Fácilmente nos sentimos agraviados por Dios y por los demás. Hemos perdido nuestros derechos; sin embargo, queremos aún reclamarlos.

Sin embargo, no podemos comprender la magnitud de nuestra culpa si perdemos de vista el pacto de obras hecho con Adán y su descendencia. Tampoco podemos entender las riquezas del evangelio si no vemos el pacto de gracia hecho con Cristo y todos los suyos. El Señor Jesucristo sufrió amargamente para procurar una herencia gloriosa para Su pueblo. Esta herencia consiste en: paz con Dios, el perdón de los pecados, comunión con Cristo, gozo inefable, protección eterna y vida eterna. El Señor Jesús mereció todo esto para Su pueblo y se lo concede. Él lo pone a su cuenta a pesar de que no hayan hecho nada para obtenerlo. *Si* hubieran hecho algo, fue solo pecar y resistirse. Han hecho todo lo posible para mantenerse lejos de Dios y volverse

indignos de estos beneficios. Y, aun así, Él lo da de gracia, de gracia libre y soberana. Como pecadores indignos, ellos reciben los frutos de Su obediencia, los frutos de Su muerte en la cruz.

¿Puede usted también compartir en esta herencia? ¡Cuán feliz sería! Ciertamente no objetaría a ello, ¿verdad? Pero, congregación, esa herencia solo será recibida por aquellos que primeramente hayan aprendido a aceptar la herencia de Adán, el legado con que nacemos. Esa herencia de Cristo solamente será una maravilla de gracia para aquellos que se han convertido en Adán delante de Dios. Tales personas ya no intentan escapar. Ellos aprenden a atribuir justicia al Señor y a caer a Sus pies suplicando por misericordia. ¿Ya ha llegado a ese lugar? ¿Ya ha perdido la batalla? ¿O sigue intentando escapar? ¿Sigue preguntando: “¿Es realmente justo lo que Dios exige de nosotros?”? ¿O quizá pregunta: “¿No puede Dios pasar por alto nuestra desobediencia?”? Eso es nuestro segundo punto.

Segundo pensamiento. ¿No puede Dios pasar por alto nuestra desobediencia?

Vemos un segundo intento de escapar en el Domingo 4. Este intento lo encontramos en la Pregunta 10: “¿Dejará Dios sin castigo, tal desobediencia y apostasía?” Para ponerlo en otras palabras: “¿No puede Dios simplemente elegir pasar por alto nuestro pecado y desobediencia?” Quien plantea esta pregunta ya ha concedido mucho. Admite que el hombre es totalmente depravado y está de acuerdo en que Dios tiene el derecho de exigir una obediencia perfecta. Ya no acusa a Dios de injusticia cuando Él requiere esta obediencia de las criaturas caídas. Sin embargo, plantea una segunda pregunta: “¿Debería Dios siempre e inmediatamente castigar al hombre? ¿No puede decidir dejar impune su pecado?”

La respuesta de nuestro Catecismo es corta y concisa: “De ninguna manera”. No lo puede hacer. Dios no es como el hombre. Como padres, a veces decidimos abstenernos de imponer un castigo. Aunque ya hemos hecho una advertencia, no la cumplimos. A veces hacemos esto. Dejo de lado por ahora la cuestión de si esto es sabio. Hablando en términos generales, nuestros hijos necesitan reglas claras y también una clara aplicación de esas reglas. En lo profundo de su corazón lo piden, y deberíamos ser consistentes en lo que decimos y hacemos. Sin embargo, dejemos eso de lado por ahora. Puede haber situaciones en las cuales decidimos no imponer el castigo que habíamos advertido. Dios, sin embargo, no lo hará. Dios *no puede* hacer eso, no porque esté sujeto a fuerzas externas, como los reyes de los medos y los persas. No es un preso de Su propio decreto. Pero Dios es un Dios santo. La santidad es Su naturaleza misma. Por eso, Él no puede ni tolerará la maldad. Él no puede soportar el pecado. Dios debe castigar el pecado; si no, dejaría de ser Dios. Según el Catecismo, “su ira se engrandece horriblemente, tanto por el pecado original, como por aquellos que cometemos ahora, y los castigará por su perfecta justicia, temporal o eternamente. Según ha dicho Él mismo: *Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas.*”

Congregación, el tema que tratamos hoy es muy solemne y serio. Al hombre no le agrada oír de la ira de Dios. En cambio, prefiere oír del amor de Dios. Pero nunca olvidemos que Dios, el Dios verdadero, es un Dios santo y justo. No es un dios de madera o piedra, ni un dios tan blando que no se atreva a castigar. La ira de Dios arde contra el pecado. Cuando *nosotros* estamos enojados, a menudo es el resultado de un temperamento explosivo, amor propio u orgullo herido; pero la ira de Dios es diferente: es una ira santa. Dios ama lo que es bueno, y, por lo tanto, Él odia lo que es malo. Su ira arde contra nuestros pecados. Su ira se engrandece horriblemente por nuestros pecados, dice nuestro Catecismo, también por nuestro *pecado original*.

¿Qué quiere decir nuestro “pecado original”, niños? Se refiere al pecado con el que nacemos, el pecado de nuestro corazón, el pecado que proviene de la caída de Adán en el Paraíso. La ira de Dios también se engrandece por nuestros *pecados actuales*. Esos son los pecados que cometemos por nosotros mismos, en otras palabras, los pecados que cometemos diariamente. La ira de Dios se engrandece tanto por el pecado original como por los pecados actuales. Podemos encontrarnos con gente que lo niega. Dicen: “¿En realidad creen que Dios se preocupa de lo que hacen sus pequeñas criaturas aquí en la tierra? ¿Creen que Él se preocupa cuando la gente aquí hace el mal? Él es demasiado grande y vive en las alturas; ni siquiera se da cuenta de lo que sucede en este mundo”. ¡Pobres de aquellos que dicen esto! Ignoran por completo el testimonio de las Escrituras. Dios *sí está* al tanto de todo lo que sucede aquí abajo. Él está involucrado con los asuntos de este mundo porque Él *hizo* este mundo. Él presta atención al hombre porque Él nos creó. Dios toma al hombre tan en serio que no lo dejará sin castigo cuando peca. Él es tan limpio de ojos que no puede soportar el pecado. Está terriblemente descontento con el pecado.

Congregación, cuando Moisés escribió el Salmo 90 al final de su vida, miró hacia atrás al viaje por el desierto con el pueblo de Israel. Vio, por así decirlo, las tumbas de toda esa gente que había sido enterrada entre Egipto y Canaán. Abrumado por esto, clamó: “¿Quién conoce el poder de tu ira, y tu indignación según que debes ser temido?” (Salmo 90:11). Oh congregación, dejen que eso penetre hasta lo profundo de sus corazones: “*tu indignación según que debes ser temido*”. No podemos expresar lo que es la indignación de Dios; debe ser experimentada. El Señor Jesús tuvo que soportar la totalidad de ella mientras colgaba en la cruz. Cristo fue hecho maldición cuando murió como Sustituto en lugar de Su pueblo. La indignación de Dios ardía en el alma del Hijo amado de Dios.

Si usted es inconverso, es un objeto de Su ira. Quizá a veces ya sienta algo de esa santa indignación, pero lo peor está por venir si usted muere en su estado inconverso. Entonces, la ira de Dios arderá sobre usted durante toda la eternidad, y tendrá que acusarse a sí mismo de no haber querido escuchar. Usted ha quebrantado la ley, pero también ha despreciado el evangelio. Oh, será una cosa horrenda caer en manos del Dios vivo. Querido lector, ¿no tiene temor de ello? ¿Nunca ha sentido el peso de esta verdad?

Nuestro Catecismo dice que Dios castigará el pecado “por su perfecta justicia”. Su juicio no es injusto, sino justo. Él viene con castigos temporales y también eternos. Los castigos temporales comienzan ya en esta vida. Dios visita el pecado de los individuos y de las naciones. ¿No lo vemos hoy? ¡Los juicios de Dios están sobre la tierra! No, Dios no siempre castiga el pecado inmediatamente. Hay mucho que queda sin saldar en esta vida. Esto puede incluso confundir y angustiar a los hijos de Dios. Como Asaf, pueden preguntarse: “Oh Dios, ¿por qué permites que sucedan estas cosas?” Sin embargo, cuando llegan comprenderlo, solo pueden maravillarse de la bondad de Dios y decir: “Señor, ¿por qué me has protegido a *mí*, una persona tan vil y maligna?” Entonces se vuelve incomprensible para ellos que el Señor aún sea paciente.

Congregación, la paciencia de Dios no es una señal de debilidad. Más bien, implica que es grande en paciencia y que aún lucha con un mundo perdido en el pecado. Está luchando con usted y le llama a volverse, para que no muera. Sin embargo, si esto no nos quebranta, si ni siquiera Su paciencia nos lleva a rodillas, ¡entonces tendremos mucho de qué rendir cuentas! Cuando, a pesar de todas las bendiciones y la bondad de Dios, de todos Sus llamados y advertencias, aún seguimos igual, entonces nos queda una sola cosa, a saber, el castigo eterno. Si morimos inconversos, sufriremos en el infierno. Y cuando tengamos que comparecer ante el tribunal de Cristo en el último día, tendremos que soportar la ira de Dios en cuerpo y en alma. Dios mismo lo declara: *“Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas”* (Gálatas 3:10).

Nuestro Catecismo aquí se refiere no solo a la justicia salvadora de Cristo, sino también a la justicia vindicativa de Dios. Es aquella justicia por la cual el Señor se vindica y mantiene Su justicia. Es muy importante enfatizar esto. En nuestra sociedad moderna y en nuestro sistema actual de justicia, la justicia ya no es justicia vindicativa. El castigo ya no es retribución. Las cárceles se han convertido en instituciones de corrección. El mismo desarrollo se ve en la teología liberal. Ya no se menciona la ira de Dios como ardiendo contra el pecado. Sin embargo, la Biblia sí lo menciona. La Palabra de Dios habla acerca de ello con toda seriedad. El Señor se vindicará a sí mismo. No solo amenaza a los que obran el mal con castigo eterno; también lo ejecutará, a menos que haya arrepentimiento y una huida hacia Cristo.

¿Por qué se proclama esto, jóvenes, hombres y mujeres? ¿Por qué viene el Señor a nosotros con esta enseñanza? Es porque no se complace en nuestra muerte, sino en que volvamos en nosotros mismos antes de que sea demasiado tarde. Es para que huyamos de la ira venidera y vengamos a escondernos en Cristo. Oh, ¡supliquen al Señor que los tome del corazón y de la mano y los guíe, como a pobres y necesitados pecadores, hacia Aquel en quien se ha abierto un camino de escape!

Dios no pasa por alto el pecado, sino que ha castigado el pecado en el Hijo de Su amor. Él ha cargado los pecados de todos Sus elegidos sobre ese Cordero sin mancha. Fuera de Cristo, Dios es fuego consumidor. Fuera de Él, no hay nada sino la perdición eterna, como podemos oír en el Salterio 202:3. Cantemos juntos el Salterio 202, la estrofa 3.

* * * * *

Tercer pensamiento. ¿No es Dios también un Dios misericordioso?

El Domingo 4 nos muestra otro intento de escapar. Lo encontramos en la Pregunta 11: “¿No es Dios también misericordioso?” Este es el tercer intento y uno muy astuto, además. “¿No es Dios también misericordioso?” Suena tan bonito, tan bíblico, ¿pero a qué se refiere esta persona? Quien plantea esta pregunta dice: “Es verdad que Dios es un Dios de justicia, pero no deberíamos enfocarnos en esto por demasiado tiempo. Podemos considerarlo por un momento, pero no deberíamos permanecer allí. Dios es también un Dios de amor, ¿verdad? La Escritura misma lo testifica.” Esta objeción suena muy bíblica; sin embargo, es otro intento de escapar.

Hace unos años, un ministro tuvo que predicar en un hogar para personas con discapacidad mental. Con mucha apertura, se le permitió llevar la Palabra de Dios entre los mayores, muchos de los cuales sufrían de demencia. Habló de la historia de David y Betsabé y, en particular, acerca de su hijo que falleció siete días después de nacer. El ministro les mostraba cómo David fue llevado a la culpa mientras su hijo moría. Destacó cuán dulce es ese lugar donde un pecador puede inclinarse incondicionalmente ante Dios. Mientras tanto, observó que había mucha atención por parte de los oyentes. Incluso tuvo esperanza de que este mensaje fuera bendecido al alma de algunos.

Sin embargo, después del servicio, una mujer de mediana edad, hija de uno de los ancianos presentes en la sala, se acercó a él y lo insultó con todos los improperios que se le ocurrieron. Estaba furiosa. “¿Por qué trajo un mensaje tan sombrío?” le gritó. “¿Cuántas veces dice la Biblia que Dios es amor? ¡Ese debería haber sido su mensaje!” El ministro se quedó sorprendido, aunque sentía la aprobación del Señor sobre el mensaje que había traído. Pudo sentir una amarga hostilidad en este ataque. Lo impactó tanto que se sintió incapaz de predicar nuevamente ese mismo domingo, pero tenía que hacerlo. Una hora después, estaba ante el púlpito de su propia congregación. Era un servicio especial, pues varios niños iban a ser bautizados. Se sentía completamente incapaz, pero entonces el Señor lo fortaleció. Si alguna vez fue ayudado en la administración de la Palabra de Dios y el sacramento, fue esa noche. El ataque inesperado lo había llevado a buscar al Señor. Entonces, el ministro entendió que no era el hombre, sino Satanás, quien había intentado cerrar su boca: Satanás, que había venido como un ángel de luz; Satanás, que incluso había utilizado un texto bíblico; Satanás, que había hablado

sobre el amor de Dios para hacer que el mensaje de la justicia de Dios fuera ineficaz. ¡Qué astuto es el diablo! ¡Puede incluso utilizar un atributo de Dios para atacar al otro!

¡Qué astuto es también el pecador! ¡Apela al *amor* de Dios —un amor del cual no entiende ni lo más mínimo— para escapar de las demandas de la *justicia* de Dios! Escuchen esa pregunta en nuestro Catecismo: “¿No es Dios también misericordioso?” Hay mucha gente hoy en día que cree que el mensaje de la Biblia es demasiado severo. Ya no quieren creer en un castigo eterno. Niegan que exista el infierno. Los Testigos de Jehová, por ejemplo, dicen que los incrédulos serán aniquilados o, en otras palabras, destruidos. Según ellos, el infierno no existe. Ellos dicen que el infierno es un invento de la iglesia y, en última instancia, del diablo.

Congregación, no podemos —y no debemos— negar lo que la Palabra de Dios enseña tan claramente. Cualquiera que lea la Biblia honestamente tendrá que admitir la verdad. No podemos eludir la terrible realidad del castigo eterno para los impenitentes. Déjenme mencionar solamente dos versículos. En primer lugar, Mateo 25:46: “*E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna*”. Y en segundo lugar, Marcos 9:45: “*Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar en la vida cojo, que teniendo los dos pies ser echado en el infierno, al fuego que nunca se apagará*”. ¿Quién dijo estas palabras? No fue un simple hombre, sino Jesús, ese manso y bondadoso Jesús que sanó a los enfermos y bendijo a los niños. *Él* lo dijo. Ese amoroso Jesús nos advierte con toda solemnidad de lo que nos espera si continuamos en nuestro pecado e incredulidad.

“¿No es Dios también misericordioso?” Congregación, aquí está el último intento de escapar y huir de Dios. Es un intento de escondernos, no detrás de las Escrituras, sino detrás de un atributo de Dios. Así de malvado es el hombre. Ha buscado muchas invenciones. Con su mano en la Biblia, intenta mantenerse en pie contra el honesto mensaje de esa misma Biblia. Procura adormecerse y descansar en esto.

¿Cuál es la respuesta a esta pregunta? “Dios es misericordioso; pero también es justo. Por tanto, su justicia exige que el pecado que se ha cometido contra su suprema majestad sea también castigado con el mayor castigo, que es pena eterna, así en el cuerpo como en el alma.” Congregación, el castigo *debe* ser severo porque el pecado se comete contra “la suprema majestad de Dios”.

Si usted es grosero con otra persona, merece ser reprendido. Si entristece a sus padres, es peor; usted pisotea sus corazones. Si ofende a un rey o una reina, está actuando aún más vergonzosamente. Pero si usted peca contra Dios, está ofendiendo la Majestad más suprema que hay, y el castigo será acorde a esto. Será un castigo justo y apropiado. Será un castigo extremo, el castigo eterno —un castigo que será sufrido en cuerpo y alma.

“Sí”, dirá usted, “¿Pero no es Dios misericordioso?” Por supuesto que lo es. Usted mismo es un ejemplo de ello. Si Dios no fuera misericordioso, usted no estaría aquí hoy. De hecho, usted es un testimonio de la paciencia y tolerancia de Dios. “¿No es Dios misericordioso?” ¡Ciertamente lo es! El pueblo de Dios es la ilustración más clara de Su misericordia. Si no fuera misericordioso, los habría sumergido en el lugar más profundo del infierno. Oh, el Señor es *muy* misericordioso, congregación. Nunca podremos pensar lo suficientemente alto de la misericordia de Dios. Sin embargo, es posible pensar *incorrectamente* acerca de Su misericordia.

¿Cuándo lo hacemos? Cuando ponemos la misericordia sobre la justicia de Dios y luego pretendemos escondernos en esto sin conocimiento del Salvador Jesucristo. Intentamos tranquilizarnos pensando que el juicio de Dios, después de todo, puede no ser tan estricto como lo mostró el predicador. ¡No se engañe, querido oyente! Dios concederá Su misericordia solo a aquellos que han llegado a aceptar Su justicia, confesando con un corazón quebrantado: “*Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos, para que seas reconocido justo en tu palabra y tenido por puro en tu juicio*” (Salmo 51:4). Por tales, Cristo estaba dispuesto a llevar el castigo. Para aquellos que no son demasiado buenos para ir al infierno, Él llevó la maldición cuando murió en la cruz.

Cuando usted mira a la cruz, puede ver dos cosas, dos atributos de Dios: Su justicia y Su misericordia. La cruz de Cristo es, ante todo, una demostración de la justicia de Dios. Allí el pecado fue tratado de una manera justa. El pecado fue castigado en el Mediador. Fue quitado por Cristo, el Cordero de Dios. Dios no pasó por alto el pecado. Dios no hizo la vista gorda a las iniquidades de Sus elegidos, sino que las puso sobre Su Hijo amado. Ahora Dios puede conceder el perdón sobre el fundamento firme de la justicia. La cruz es una demostración de la justicia de Dios —eso en primer lugar. Pero, en segundo lugar, es una demostración de la misericordia de Dios. Allí en Gólgota, Dios abre Su corazón como un corazón amoroso, un corazón misericordioso, un corazón que arde de compasión. Hay un camino de escape, no inventado por el hombre sino por Dios mismo en Su eterna sabiduría.

Espero que haya personas, jóvenes y mayores, que digan: “¡Yo necesito ese camino de escape! Oh, predicador, cuénteme más acerca de ello”. Espero que haya personas aquí cuyos intentos de escapar hayan fallado completamente, cuyos caminos de escape les hayan sido bloqueados, que hayan llegado al fin de sus esfuerzos, y quienes ya no presenten objeciones contra la preciosa y santa justicia de Dios. Espero que haya aquellos que, como el ladrón en la cruz, digan: “*Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos, [pero], Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino*” (Lucas 23:41-42). Ellos recibirán más de lo que piden. Es la voz de Jesús: “*De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*” (Lucas 23:43). ¿No es Dios también misericordioso? ¡Pregúntenle a aquel hombre! ¡Pregúntenle al ladrón en la cruz!

Congregación, ¡que bendición es cuando aprendemos a cerrar la boca y admitir nuestra derrota! ¡Qué bendición, jóvenes! Siempre queremos tener la última palabra; queremos obtener la victoria. Sin embargo, somos tan miserables; tenemos una vida tan dura. Pero todo cambiará cuando se rindan, cuando puedan firmar su sentencia a los pies de este Dios digno, justo y recto que, no obstante, es misericordioso, muy misericordioso, de hecho, ¡inexplicablemente misericordioso en Cristo! ¿Ya no puede usted escapar, ni quiere hacerlo? Entonces hay esperanza para usted. ¡Oiga! La justicia y la misericordia de Dios ya no están en conflicto. Se han encontrado. Se han abrazado en Cristo. Están reconciliadas en Él. Jesucristo voluntariamente se ofreció a sí mismo. Fue aplastado entre esos atributos. Ralph Erskine dijo: “Fue aplastado hasta la muerte”. Por eso, Dios ahora puede abrazar al pecador. Él tendrá misericordia de criaturas dignas del infierno. La próxima semana esperamos oír más acerca de ello. Por ahora, recuerden lo que dice la Biblia: *“Si confesamos nuestros pecados, [Dios] es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda maldad”* (1 Juan 1:9). Amén.

Salterio 232:2